



Carmen Rivera Izcoa, modelo inigualable de dedicación a la cultura

Alfredo Torres Otero  
Librero

El pasado 28 de septiembre de 2023 falleció en San Juan, a los 95 años, Carmen Rivera Izcoa, fundadora en 1967 de la Librería La Tertulia y, una década más tarde, en 1976, de la editorial Ediciones Huracán. Estas dos empresas marcaron, como muy pocas lo han hecho, el quehacer cultural alrededor de las letras en la historia de Puerto Rico. La primera vez que vi a Carmín fue en la Librería. Para ese tiempo, La Tertulia estaba localizada en la Calle Amalia Marín, esquina González, en la urbanización Santa Rita, en Río Piedras. Hacía poco tiempo que había sido inaugurado aquel mítico lugar, que siempre será recordado por la escalerita de su entrada y las tantas conversaciones políticas y literarias que se dieron en ese lugar real-maravilloso. Ella trabajaba, entre papeles y libros, en una pequeña oficina en la parte de atrás, desde la cual podía echar un vistazo a la librería a través de un hueco abierto en la pared. En aquel momento no tenía ni la más remota idea de que aquella laboriosa mujer comandaba con firmeza la moderna librería que se había convertido en un punto de referencia para la más viva actividad intelectual en el país.

En mi primera visita a La Tertulia había sido atendido por un hombre joven, un español de amables modales. Poco tiempo después supe que ese hombre, que yo suponía el dueño, se llamaba Jesús Tomé y que era un gran poeta, y un exsacerdote que a duras penas había sobrevivido después de las purgas de la Iglesia Católica, motivadas por el terremoto originado por el libro, *Mi iglesia duerme*, del padre jesuita, Salvador Freixedo. Don Jesús fue el mismo que, par de años más tarde, también había sobrevivido a las llamas provocadas por las turbas del general y senador anexionista Juan Palerm Alfonso que, impotentes y encolerizadas porque le fue impedido el paso a los predios de la Universidad en medio de una protesta, habían acabado por destruir e incendiar todo a su paso por las calles de Río Piedras. La turba enardecida de Palerm intentó incendiar las oficinas del Movimiento Pro Independencia (MPI) que se encontraban frente a la Plaza del Pilar y, luego, La Tertulia, que para el 1969 estaba localizada en la Calle Borinqueña y era el lugar donde Jesús Tomé pernoctaba. De eso hará poco más de 50 años.



En aquellos días, La Tertulia era para la intelectualidad curiosa y aquella juventud universitaria sedienta de cambios y revolución como un oasis, o como dijera Carl Sagan refiriéndose a la ciencia, una luz en la oscuridad. En sus anaqueles, la mejor literatura del mundo estaba rodeada por los libros de Marx, Engels, Bakunin, Lenin, Trotsky y Mao, junto al Che y la *Crítica de las armas* de Régis Debray, *Las actas tupamaras* y los *Diez días que estremecieron al mundo* de John Reed. Por allí circulaban los manuales de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética que, junto a Martha Harnecker y Georges Politzer, intentaban explicar el orden del mundo. Junto a Pablo Freire y *La pedagogía del oprimido*, Frantz Fanon y Albert Memmi nos hablaban de *Los condenados de la tierra* y el *Retrato del colonizado*, y desde la Editorial Ayacucho, el uruguayo Ángel Rama nos acercaba a la mejor biblioteca literaria de América.

Para entonces, la Editorial Siglo XXI de México plantaba bandera como la vanguardia de aquella otra revolución editorial que creció después de la cubana. Con la traducción de aquellos 50 volúmenes de la historia, donde destacaba la de América Latina, más Eduardo Galeano con sus *Venas abiertas*, o *Quién gobierna en Estados Unidos* de William Domjoff, y una nueva traducción de *El Capital* de Marx, que afinaba y pretendía superar la que había realizado Wenceslao Roces para el Fondo de Cultura Económica de México, se abrían nuevas miradas. El *boom* literario latinoamericano tomaba el mundo por asalto, tal como *El Azul* de Rubén Darío lo había hecho a finales del siglo XIX, y los franceses, encabezados por Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Michel Foucault, destronaban viejas ideologías para que el mundo no volviera a ser el mismo. El ingenio de Jorge Luis Borges intentaba abrirse paso en esa cultura de izquierdas, en un mundo fascinado con *La casa tomada* por Julio Cortázar. Allí, en La Tertulia, también conocimos a Mafalda, Intilimani y la Nueva Trova cubana. En Puerto Rico emergía la generación literaria de los 70's y los nuevos relatos de los de abajo ensayaban una Nueva Historia. De la mano de Carmín aparecía “la otra cara de la historia”.

Vine a conocer más de cerca a Carmín a inicios de la década de 1990, cuando tuve la fortuna de adquirir La Tertulia, hace ya 30 años. Para entonces, Ediciones Huracán estaba localizado en el antiguo lugar en la Calle González que había sido el hogar de la Librería Hispanoamericana,



regenteada por el culto librero argentino Juan Gallaguer y su esposa, la puertorriqueña Mary de la Rosa, la cual todos pensábamos era argentina, pues él, cariñosamente, siempre se refería ella como mi Nacha. En dos décadas Ediciones Huracán era una empresa madura y Carmín había transformado el mundo editorial en Puerto Rico. Con mucha inteligencia y valentía, con un oído bien puesto en tierra, creó nuevos espacios para encausar la investigación y el pensamiento, cuando las anquilosadas editoriales del Estado ya exhibían sus densas capas de moho. Al país, le habían puesto cuatro pisos, y mirábamos con otros ojos *La llegada* y *La guerra después de la guerra*. Escuchábamos la *Balada de otro tiempo* sabiendo que *La luna no era de queso*. Nos enterábamos de *Las tribulaciones de Jonás*, para luego asistir al *Entierro de Cortijo* en esa *La ciudad que nos habita* recreada por Magali García Ramis. César Andreu nos contaba las *Memorias de Bernardo Vega* y Sidney Mintz nos hablaba de *Taso, el trabajador de la caña*. Silvia Álvarez y Malena Rodríguez documentaban el nacionalismo y el populismo. Julio Ramos rescataba del olvido a Luisa Capetillo, cuando Yamila Azize documentaba *La mujer en la lucha*. María Solá reunía en un volumen a cinco narradoras para decir que *Aquí cuentan las mujeres*.

Entonces Carmín proveyó la plataforma donde se juntó *La memoria rota* para que de esa manera Gervasio García pudiera *Armar la Historia* y Chuco Quintero y Gervasio versaban sobre las clases sociales y las luchas de los movimientos obreros. Pedro San Miguel describía *El mundo que creó el azúcar* y Julia de Burgos nos daba la *Canción de la verdad sencilla* y apuntaba a su propia ruta, para que Angelamaría Dávila pudiera encontrar su *animal fiero y tierno*. Paco Catalá y Carmín nos mostraron *El callejón del sapo* donde el cooperativismo tuvo su origen, para luego hablarnos de *Democracia obrera*. Félix Córdova ya nos hacía cuentos sobre un rabo de lagartija. Rafi Bernabe hablaba de las *Respuestas al colonialismo* y de otras maldiciones de Pedreira, después de que Carmín reavivara *El Prontuario histórico* y *El racismo en Puerto Rico* de Tomás Blanco. La gesta y los actos militantes que con tan sólida voluntad Carmín realizó no tienen comparación en la historia del mundo editorial puertorriqueño. Para muestra, con un botón basta: Fernando Picó entregó su *Amargo café* y seis meses después fue publicado por Ediciones Huracán; mientras que al mismo tiempo Carlos Buitrago entregaba a la Editorial de la UPR el manuscrito de *Haciendas Cafetaleras y Clases Terratenientes*, que fue publicado 5 años después.



No conozco, en toda la historia de Puerto Rico, de una sola empresa editorial, verdaderamente independiente, autosuficiente, que contenga un catálogo tan robusto como Ediciones Huracán. Las editoriales generalmente han sido subsidiadas por el mecenazgo público o privado, o han sido posibles como una actividad colateral de algunas librerías, o que la mayor parte de su mayor producción esté destinada a la confección de libros a ser utilizados como textos. Lo cierto es que la mayoría de las editoriales independientes han sido posibles gracias al dedicado trabajo, sin remuneración económica, por personas que tienen casi garantizados un ingreso económico proveniente de otras fuentes.

Me viene a la memoria la única carta de Carmín en su correspondencia con José Luis González al inicio de Ediciones Huracán, aparecida en el importante libro *A veces llegan cartas*, pues sería un buen punto de partida para discutir sobre las condiciones reales de posibilidad de las editoriales independientes en una Isla cuya población no llega ni al 1% de la de Estados Unidos. Entre las décadas de 1970 y 1990 el mundo había cambiado radicalmente su rumbo. El Muro de Berlín había caído; la Unión Soviética había dejado de existir y en Puerto Rico la palabra más común en las izquierdas, (que habían construido el tejido a través del cual se desplazaba buena parte de la discusión de la producción editorial) era el reflujo. Mientras, las políticas del neoliberalismo de Ronald Reagan y Margaret Thatcher caminaban a sus anchas, a la vez que el mercado marcaba el paso de todo, con muy pocos tropiezos. Tanto las librerías como las editoriales que se habían formado bajo el anterior paradigma sintieron profundamente los cambios. El ambiente intelectual alrededor de las universidades a partir de este giro ya no sería el mismo. Las ciencias sociales le estaban cediendo el paso a otros saberes que pretendían explicar el nuevo mundo. Aparecieron los estudios culturales y la llamada deconstrucción de los fundamentos en que se había asentado el mundo moderno. Algunos proyectos intelectuales, que empezaban a notar el cambio, buscaron nuevos derroteros.

Ya en esos años, mientras algunos editores se paseaban por las ferias del libro cogidos de la mano de Víctor Fajardo, Carmín insistía en publicar *El desgobierno de Roselló* y criticaba La mano dura contra la cordura. Su formación y entrega nunca le permitieron entrar en componendas, ni siquiera en la compra de taquillas para las campañas políticas de los partidos gobernantes, lo



que seguramente le hubieran garantizado los accesos a los caudales del Departamento de Educación. Si por eso, su entrada a la danza de los millones estuvo vedada, lo aceptó con verdadero estoicismo y ejemplar dignidad. Con genuina honradez sostuvo un trabajo cónsono con su ética, realizado con gran inteligencia y sensibilidad, siempre dispuesta al escrutinio, siempre de frente, lo que a algunos les incomodaba, pero que a ella le permitió hacer su enorme aportación a nuestra cultura letrada y dedicarse en alma y cuerpo a tan digna vida.

Carmín vivió y trabajó por el libro, en un ambiente muchas veces atravesado por el afán de lucro, el dinero fácil y la falta de reconocimiento y donde no son escasas las muestras de mezquindad. Tal vez por eso se convirtió en una importante figura de nuestra cultura, aquí y en casi todos los circuitos latinoamericanos del libro, donde era reconocida y admirada por los más importantes editores. Tengo fe en que algún día su importante paso por este valle de Collores sea justamente valorado y reconocido. Gracias, por tanto, Carmín. Se que puedes descansar en paz, querida maestra y amiga, y vivirás para siempre en nuestra memoria.